

ALEPI



LITERATURA CHILENA ACTUAL

Jornada del 21 DE NOVIEMBRE de 1992

organizado con el apoyo del Fondo Nacional de la Investigación Científica de Bélgica (NFWO-FNRS) y de la Universidad de Mons.

PANORAMA DE LA LITERATURA CHILENA ACTUAL

Uno de los fenómenos más interesantes de la nueva literatura chilena es el auge impresionante de la narrativa que parece directamente relacionado con un cambio social profundo. con el período de la transición a la democracia, con la creación de un mercado editorial incipiente y con una necesidad auténtica de volver a tejer una historia trunca y trucada varias veces por las historias oficiales de ambos bandos.

El gran talento chileno es y ha sido siempre la poesía¹ y eso nos obligará a referirnos de pronto a ella. Incluso puede pensarse que eso ha atentado contra el desarrollo de la prosa, cargado el lenguaje de metáforas, de juegos líricos, que frenan la marcha de la narración o la soltura del cuento.

Tal vez el comienzo de una nueva narrativa debería remontarse a la Generación del 50 (Edwards, Donoso, Lafourcade, etc.) cuya huella como maestros sería incuestionable años después; pero el verdadero salto, el gran cambio, el giro que más afectó a nuestras generaciones puede haber comenzado con *El Entusiasmo*, un libro de cuentos de Antonio Skármeta que traía una narrativa nueva, desenfadada, muy inspirada por la literatura norteamericana, cuyo nombre lo decía todo. Era el año 1968 y el entusiasmo era total. Se creía en los actos antes que en las palabras, en el deseo antes que en el plan y en lo colectivo antes que en el individuo. La calle era la escena y el papel en blanco había sido arrasado por el muro. La poesía eran las consignas y el teatro dejaba su espacio al happening.

Una sociedad hiperpolítica vió como se disolvían sus opciones literarias por una creación hipercomprometida, desmantelada por la necesidad ideológica. Eran años de creación en los cuales muchos

1 Desde Neruda, Huidobro, Mistral, De Rokha a Gonzalo Rojas, Nicanor Parra, el malogrado Enrique Lihn, Jorge Teillier y los jóvenes como Diego Maquieira, Jorge Montealegre, Clemente Riedemann, Gonzalo Millán, Teresa Calderón y tantos, pero tantos otros.

nombres se incubaban. Hay que pensar en los Talleres de la Vicerrectoría de Comunicaciones de la Universidad Católica de Chile que pudieron hacer historia pero la historia misma se encargó de aplastar ese entusiasmo. Nombres como los de Carlos Olivarez, José Manuel Varas, Antonio Avaria, Luis Domínguez, muchos otros, vieron sus desarrollos mutilados. El mismo Mauricio Wacquez que años después publicaría en Europa una de las que pudo y debió ser una de las propuestas novelísticas más complejas de nuestra historia literaria, *Frente a un hombre armado* conoció el olvido y la indiferencia. Aún no se le juzga adecuadamente.

El Golpe Militar cambió profundamente las cosas. Exilio, persecución, censura, autocensura, vigilancia, paranoia, todo se confabuló en contra del gran gesto creativo. En esos días, Raúl Zurita, gran poeta emergente nuestro, egresado de ingeniería civil, llevaba unas carpetas con poemas concretos. Simbólicamente había renunciado a las palabras. Las palabras habían sido devaluadas por la historia. Fue arrestado y sus "poemas" declarados sospechosos. Pasó días en la panza de un barco. Su trayectoria es testimonio de la secreta relación que hay entre el alma del creador y el espíritu de sus tiempos. La consolidación de su escritura hace pensar en la consolidación de una sociedad. El desgarró inicial de sus escritos testimonia el desgarró de un mundo completo.

La crisis del 73 impuso un toque de queda prolongado y medidas de continua vigilancia que aumentaron la represión e hicieron imposible la creación literaria. Las producciones que más se destacaron, poco a poco, fueron las de los artistas plásticos. Sus metáforas son, a la mirada de hoy en día, obvias. En esos tiempos eran herméticas. El mundo literario se divide entre aquellos que escriben en el exilio presionados por la necesidad del testimonio y la denuncia y los que buscan cómo y qué escribir adentro del país.

Hasta 1978, las publicaciones son muy raras. Alguien trató de inventar la Generación de los 70, Jorge Marchant Lazcano, que publicó una novelita a la Puig: *La Beatriz Ovalle*, pero no consiguió empujar esa generación imaginaria. Se fundan talleres de poetas, los creadores se reúnen casi clandestinamente. Buscan temáticas, indagan los límites de la autocensura.

El teatro rompe el silencio. David Benavente con *Pedro, Juan y Diego* en 1976 reinventa la realidad a través del mundo del trabajo. Hay que

recordar que la figura del obrero había sido tácitamente prohibida y no aparecía siquiera en los avisos de televisión. Incluso una ley igualó obreros y empleados eliminando el término perseguido y proscrito. Otra obra del mismo autor, *Tres Marías y una Rosa* (1978), conoce un gran éxito, siempre sobre la vida cotidiana como experiencia límite, centrados en el mundo del trabajo.

Un escándalo rodea el único estreno teatral de nuestro gran poeta Nicanor Parra titulado justamente *Hojas de Parra*, en que escenifica un auténtico circo que va siendo invadido por las cruces de un cementerio. El extraño incendio de la carpa donde se representaba la obra (nunca se encontró a los responsables) termina con esta aventura estética de gran fuerza metafórica.

En esos años crece el "boom" económico. Hay una verdadera invasión de electrodomésticos y se sueña un país cuyo proyecto es el consumo y el libre mercado de manera desatada. David Benavente estrena *Tejado de vidrio*, fuerte autocrítica a la propia izquierda, que no es comprendido ni por la crítica ni por el público. Testimonio del verdadero dolor nacional, Raúl Zurita publica *Purgatorio* cuyo título es revelador.

El siguiente quinquenio, en medio del apogeo de la política económica neo liberal a ultranza tiene su mayor exponente en el teatro de Juan Radrigán que, paradójicamente, muestra un mundo de desahuciados, personajes en situaciones límites, viviendo en los márgenes de la vida, desposeídos de lo más elemental, sin la más mínima oportunidad en la existencia.

En esa época donde se puede ver la huella de muchos creadores es, sin embargo, en la publicidad donde se ganan la vida muchos artistas ante el cierre o bloqueo de la Universidades y la desprotección general de los creadores.

Uno de los spots de esa época me parece que alcanza el valor de una pieza estética, una micropieza teatral de 30 segundos cuya fuerza premonitoria y su capacidad de escenificar la situación de la clase obrera es increíble.

Muestra un lujoso edificio de ventanas de cristal que está siendo limpiado por dos obreros en un andamio (era la primera vez que aparecían obreros en la televisión, el medio más vigilado por la dictadura). Esta imagen de una clase que cuelga en el vacío es

elocuente. A través de los cristales de las distintas ventanas ven que comienza un partido de fútbol. Suben y bajan en el andamio comentando las bondades y los defectos de cada aparato de televisión demostrando el rol en que había quedado la clase obrera en este paraíso del consumo en que se transformaba a Chile, conocedores pero no consumidores. Finalmente encuentran un National Panasonic (digo la marca agradeciendo su inconsciente mecenazgo) y en ese instante en la pantalla meten un gol y los obreros gritan de alegría mientras el auténtico propietario del producto publicitado, rompiendo todos los cánones de la publicidad habitual, se toma la cabeza con las dos manos sumido en la derrota.

En ese spot está comentado el desarrollo comercial de Chile así como sus contradicciones más elementales. No es raro que así suceda. Muchos escritores y pintores trabajaron largos años en las agencias de publicidad chilenas donde no se les persiguió y aprendieron el manejo de la empresa privada y las comunicaciones de un nuevo país muy distinto al de antes de 1973. Las consecuencias positivas se verían en el Plebiscito de 1988 donde la derrota de Pinochet tuvo mucho que ver con la imposibilidad de realizar una campaña publicitaria digna ante el éxodo absoluto de los creativos de las agencias a la campaña del No que fue toda una experiencia estética de primer orden.

En 1982 se produce la recesión mundial, la crisis económica más cruel en América Latina y se hunde estrepitosamente el primer proyecto económico neoliberal pinochetista. La presión política aumenta y se producen ciertas libertades. Desaparece la censura a libros y revistas. Aparecen publicaciones con creciente nivel de denuncia y se puede leer aquello escrito en el exilio en lo cual, sin embargo, gran parte de los chilenos no se logra reconocer.

Zurita publica *Anteparaiso*, otro título revelador (ahora prepara la publicación en 1993 de *La vida nueva* que espero sea otra premonición). Diamela Eltit, una de las más importantes escritoras nuestras, publica *Lumperica* y luego *Por la Patria* con una Beca de la Fundación Guggenheim. Es una escritura profundamente experiencial, en los límites con la poesía, algo hermética, que bucea en las últimas posibilidades del lenguaje. Publica también Francisco Rivas sus novelas más ligadas a la imaginería político militar de la época. Emergen cuentistas de cierto fuste entre los que se distingue Claudio Taque y la

recuperación de Jaime Hagel (que viene galopando desde muchos años atrás pero estaba en silencio). No se puede hablar de grandes éxitos de librería pero comienza a hablarse de los nuevos autores, a buscarse, a reconocerse.

A principios de los años 80 regresa a Chile José Donoso, de quién la publicación de *El obsceno pájaro de la noche* había tenido un gran impacto en los jóvenes creadores. Crea un taller en su casa que mantendrá cerca de diez años y de los cuales sale gran parte de la nueva narrativa chilena. Su influencia está fuera de toda discusión. El mismo publica en 1986 *La desesperanza* que, desde el título, es la contrapartida de *El entusiasmo* de Skármeta pero también cierra un ciclo.

Las nuevas generaciones parecen agruparse en dos círculos alrededor de dos sitios:

1. La Unión Chica, un restaurante cercano al distinguido y conservador Club de la Unión, en pleno centro de Santiago, pero que nada tiene que ver con este Club ideológicamente. Aquí se mantiene el vínculo entre creadores anteriores al 73 y está muy ligado a la SECH (Sociedad de Escritores de Chile) y en la cual descuellan como narradores Ramón Díaz Eterovic, Diego Muñoz y Juan Mihovilovic (a pesar de su condición de provinciano). También, en su periferia, puede ubicarse al talentoso Gregory Cohen y varias autoras con futuro como Pía Barros quien teje su propia red de talleres, sobre todo femeninos, de gran desarrollo.

2. El Tavelli, un café situado en el barrio Providencia, rodeado de agencias de publicidad, librerías y consultas de psicoanalistas, mucho más comercial y moderno, donde se dan cita autores como Carlos Franz, Arturo Fontaine, Gonzalo Contreras y muchos de los egresados del taller de José Donoso.

Hacia el final de los años 80 se publican cada vez más novelas. Carlos Franz obtiene excelentes críticas con *Santiago Cero* mientras la mayor parte de los nuevos artistas, los más jóvenes, cambia radicalmente su actitud. Con el retorno de muchos jóvenes crecidos en el exilio además de la influencia de corrientes y actitudes contemporáneas, el discurso estético parece querer desideologizarse, darle una vuelta de tuerca a los lugares comunes y a las consignas de las cuales se ha abusado, mezcla lo popular con lo selecto abiertamente e instala una cierta mirada irónica sobre el mismo acto creativo en una

suerte de posmodernidad a la chilena que, bromeando, algunos llamamos postpinochetismo, la creación de una democracia mental, democracia estética, sacándose las taras de la dictadura del espíritu. El periodismo se hace cargo de la denuncia con grandes ventas como *Los zarpazos del puma* pero el terreno está abierto para la creación.

La transición a la democracia coincide con un verdadero despertar de la nueva narrativa chilena. Se publica en grandes cantidades y, además, se consigue una inesperada y positiva respuesta del público lector que comienza a comprar y a leer chilenos nuevos por encima de muchos best sellers que llegan del extranjero.

La lista de publicaciones son muchas pero nombro solo algunas.

Uno de los fenómenos más interesantes es el de Alberto Fuguet, joven escritor que aún no cumple los 30 años pero ya conoce un éxito desmesurado con su primer libro de cuentos, *Sobredosis* y mantiene una gran venta con su novela *Mala onda* prolongada casi un año entre los más vendidos. Creció en California hasta los 13 años y sorprende su manejo del lenguaje coloquial chileno de la juventud de clase alta en la cual se identifican sus lectores. Con gran talento habrá que ver su futuro desarrollo más allá del éxito incidental que ha obtenido.

También tiene un extraordinario éxito un libro sin las menores pretensiones literarias, *Nosotras que nos queremos tanto*, de Marcela Serrano, relato íntimo de mujeres en los años de la dictadura, una especie de historia sentimental de la vida privada, que sin gran calidad, sí ha conseguido amenidad y contacto directo con su público que le es tremendamente fiel.

Mención muy especial merecen dos autores, Gonzalo Contreras, dotado con un notable talento narrativo, mucho más afilado y ambicioso de calidad, que gana el Premio *El Mercurio* con su novela *La ciudad anterior* consiguiendo un éxito absoluto de público y de crítica en 1991, superando todas las ventas imaginadas a pesar de la precisión de su prosa y lo hostil de su temática, muy alejada de toda mecánica de superventas. El otro caso es Arturo Fontaine Talavera que, con *Oír su voz*, obtiene un clamoroso éxito y enciende una dura polémica al develar el mundo de su propia clase, la derecha económica, con todos sus vicios y contradicciones, en una novela realista de largo aliento, muchos personajes y un notable manejo de la amenidad y el diálogo. Debe ser la novela más leída en Chile en estos momentos.

Talento importante han mostrado otros autores. Gregory Cohen, deudor de la extraña prosa polaca de sujetos como Gombrowicz, Witkiewicz o Schulz, en su novela *El mercenario ad honorem*, Pablo Azócar, de inusitado lirismo en *Natalia* y Jaime Collyer, de gran oficio narrativo en sus cuentos de *Gente al acecho* o su novela *El infiltrado*.

Caso curioso el de Luis Spúlveda que con *Un viejo que leía novelas de amor*, una novela premiada en España, donde pasa desapercibido, tiene un gran éxito traducido al francés.

Como digo, lo más estimulante es la cantidad de nombres que podrían poblar esta ponencia. Títulos que crecen, títulos que se discuten y, sobre todo, títulos que se leen.

Frente a esto, es muy lamentable la situación de la crítica literaria en Chile, con muy pocos espacios y muy pocos críticos profesionales siendo el de más peso un sacerdote del Opus Dei que firma Ignacio Valente, que no ha encontrado rivales de peso en otras opiniones de la joven crítica emergente. Su carga ideológica parece, lamentablemente, sesgar su crítica que, entre otras no ha sabido reconocer los fenómenos de Fuguet y Fontaille.

Aún así, esta es una historia en pleno movimiento. Prometedora y activa. Estoy seguro que siguen escribiendo y que, pronto, sabremos de ellos en Europa con obras de alta categoría.

Marco Antonio de la Parra C.

ARTES, ARTISTAS, ARTEFACTOS EN LA "TRILOGÍA ESPAÑOLA" DE JOSÉ DONOSO

Para empezar, unas breves palabras sobre el "corpus" objeto de este estudio. La que he bautizado "trilogía española" de José Donoso viene constituida por los relatos de *Tres novelitas burguesas* (1973) y las dos novelas *La misteriosa desaparición de la marquesita de Loria* (1980) y *El jardín de al lado* (1981). Todas tienen España como escenario. Si bien fueron escritas durante la larga estancia del novelista chileno en la Península (1967-1981), no se confunden con la producción total del período. La dimensión espacial es la que confiere alguna homogeneidad a la "trilogía", vinculada a la narrativa de Donoso, anterior y posterior, por múltiples hilos, entre los cuales el que me propongo sacar hoy de la madeja.

Tomo el riesgo de aislar así la "trilogía española" del resto de la obra de José Donoso: un estudio pormenorizado del tratamiento del espacio urbano español (Barcelona, Madrid) que presentaré en una próxima oportunidad¹, me servirá de justificación *a posteriori*.

Sin embargo, confieso que esta selección particular resulta de una reflexión más amplia sobre mi situación de investigador europeo no español de finales del siglo XX sobre literatura hispanoamericana. Tampoco es ajena a dicha reflexión la marejada de discursos culpabilizantes que nos está inundando en este dichoso año de 1992. En efecto, después de saludar y participar en el movimiento crítico que desde hace un cuarto de siglo, poco más o menos, proclama la autonomía de la literatura hispanoamericana², uno no puede sino quedarse asombrado por las exageraciones que se armaron a base de una propuesta tan acertada. Unos han atribuido un grado de autonomía a

1 Cfr. "Figuraciones del espacio urbano en la "trilogía española" de José Donoso", *Colloque international "La ville et la littérature. Monde hispanique - Italie. XIXe et XXe siècles"*, Liège, 18-19 mars 1993.

2 Véase mi *La littérature hispanoaméricaine*, París, P.U.F., coll. "Que sais-je?", n° 1485, 1977 (2a ed.).